

memoración, un recuerdo de la entrada de Jesús en Jerusalén. Sería una manera muy mezquina de comprender las fiestas del año litúrgico. No se trata de recordar, se trata de vivir. En realidad, la bendición de los ramos y la procesión que la sigue, es un rito por el cual nos unimos al cortejo de Cristo, para acompañarle generosamente en el camino de su Pasión. Con ese fin necesitamos una consagración, como la necesitaba el cruzado que iba a rescatar los santos lugares. Somos consagrados combatientes de Cristo y nos comprometemos a ser testigos, mártires suyos. El drama que se desarrolla en el templo es una acción verdadera, en la cual no somos solamente actores. Lo mismo que aquellos peregrinos, que estremecidos de entusiasmo por la presencia del Señor, proclamaron su realeza en aquella entrada solemne, nosotros le acompañamos desde el monte de los Olivos hasta la ciudad santa, donde va a padecer. La primera parte de la acción se desarrolla en el monte mismo: es el momento de la bendición de las palmas; la segunda nos lleva desde el monte hasta las puertas de Jerusalén, y está figurada por la procesión; la tercera, tiene como escenario la ciudad santa: Cristo no llega para ser coronado rey, como creen las muchedumbres que le vitorean, sino para padecer, para ofrecer el sacrificio de su vida. Esta última parte es, por lo tanto, el sacrificio de la misa, en que se lee la pasión, según San Mateo. Mas no todo se acaba con la muerte. Los que han combatido con Cristo, los que se han convertido en mártires suyos y le han acompañado en este camino doloroso, tienen la seguridad de vencer a la muerte. La palma del Domingo de Ramos no es solamente un testimonio de su fe, sino un símbolo de su triunfo.

Como se ve, el domingo nos prepara a la celebración de los grandes sucesos que se

desarrollan en los tres últimos días de la semana. Es el triduo sacro, una auténtica trilogía, que nos renueva el drama de la obra redentora de Cristo, y en la cual nos ofrece la Iglesia lo más hermoso y emocionante del tesoro de sus cánticos y oraciones. Cada día tiene su oficio de la mañana y su oficio de la tarde. El de la tarde son las Tinieblas, que nos presentan con una emoción profunda, con una teología vivida, los cuadros trascendentales de la Pasión. Las del jueves nos introducen en el drama, llevándonos al huerto de Getsemaní, haciéndonos asistir a la traición de Judas, evocando el misterio de la institución eucarística, y haciéndonos meditar, sobre todo, en la Pasión interior de Jesús, en las angustias de su alma, en las causas de su muerte. Las Tinieblas del viernes tienen como escenario principal el Calvario. Estamos en el centro del drama, en el paroxismo de aquella lucha entre la vida y la muerte, cuando la vida parece haber sido vencida en un encuentro angustioso, y cuando la tempestad del mal parece haber destruido toda esperanza. El cuadro del tercer día es más tranquilo; la calma se restablece, y se anuncia ya la alegría de la Resurrección, en medio del duelo y de la soledad, que reflejan, por ejemplo, las palabras de este responsorio:

*Jerusalén, levántate y deja las vestiduras*

*[de fiesta;*

*cíñete el cilicio y cúbrete de ceniza,*

*porque en ti ha sido muerto el Salvador de*

*[Israel.*

*Derrama lágrimas a torrentes día y noche,*

*y que no descansen las pupilas de tus ojos.*

En estos oficios vespertinos resuenan envueltos en patéticos cantos medievales los acentos de las lamentaciones, en que Jeremías llora la destrucción de Jerusalén y el cautive-